

PALABRAS DE MONSEÑOR FERNANDO CHICA ARELLANO, OBSERVADOR PERMANENTE DE LA SANTA SEDE ANTE LA FAO, EL FIDA Y EL PMA, EN EL ACTO DE ENTREGA DEL PREMIO “SOLIDARIDAD GLOBAL – LUCHA CONTRA EL HAMBRE Y LA MALNUTRICIÓN”.

Madrid, 5 Junio 2026

Excelentísimo Señor Rector Magnífico de la Universidad Politécnica de Madrid,

Señora Vicerrectora de Comunicación y Relaciones Institucionales de la Universidad Politécnica de Madrid,

Señor Director de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Agronómica, Alimentaria y de Biosistemas,

Señor Director de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Informáticos de la Universidad Politécnica de Madrid,

Señor Director de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Sistemas Informáticos de la Universidad Politécnica de Madrid,

Señor Director General de Agricultura, Ganadería y Alimentación de la Comunidad de Madrid,

Señor Presidente y estimados miembros de la Junta de Gobierno del Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Agrícolas de Centro,

Queridos profesores y alumnos,

Señores Colegiados,

Ilustres Señores y Señoras presentes en este entrañable acto:

Agradezco vivamente la oportunidad que se me da para volver la mirada con veneración a vuestro querido patrón, San Isidro Labrador, en esta jornada que ustedes le dedican con tanto respeto y fervor.

Este santo madrileño cuidaba la tierra con esmero y rezaba con fe. Él nos enseñó que cultivar la tierra es un ejercicio de amor, de cuidado, de generosidad hacia los demás. Se trata siempre de administrar unos dones que Dios nos ha dado para el bien de todos. No es solo un oficio para ganar dinero o devorar el planeta. Es una forma de servir a los demás.

En esta significativa jornada me hubiera gustado estar presente personalmente para recoger el galardón “Solidaridad Global – Lucha contra el Hambre y la Malnutrición”, que ustedes benévolamente me han concedido, pero compromisos ineludibles me lo han

impedido. Por eso, me dirijo a todos ustedes a través de este medio para expresarles mi reconocimiento más sincero y fraterno y decirles que me siento muy honrado con esta inmerecida distinción.

Soy consciente del estrecho vínculo que entrevera la Universidad Politécnica de Madrid al Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Agrícolas de Centro. Más de cuarenta años de fecunda colaboración. Vuestras instituciones se empeñan en la formación integral de los ingenieros agrícolas del mañana. Vuestra labor es fundamental porque ustedes se ocupan de la agricultura en el más amplio sentido del término. Ustedes están implicados en el sector primario, que es el que da de comer al mundo entero.

En la otra orilla se encuentra el hambre, un flagelo que golpea despiadadamente a enteras regiones del planeta. Muchas personas padecen inicuamente por no tener comida en sus mesas. El hambre en el mundo es un ácido que quema el alma de aquellos hermanos nuestros que viven preteridos en los márgenes de la vida, sumidos en la aflicción. Cada plato vacío exige justicia, amor y pródigas manos que lo llenen.

Pensando en los más vulnerables, que sienten la amargura de carecer del pan cotidiano, el Papa León XIV, que dentro de pocas horas comenzará su visita pastoral a distintos enclaves de España, nos recuerda al respecto, con palabras tan audaces como claras: “La tragedia constante del hambre y la malnutrición generalizadas, que persiste en muchos países hoy en día, es aún más triste y vergonzosa cuando nos damos cuenta de que, aunque la tierra es capaz de producir alimentos suficientes para todos los seres humanos, y a pesar de los compromisos internacionales en materia de seguridad alimentaria, tantos pobres del mundo siguen careciendo del pan nuestro de cada día” (*Mensaje a los participantes en el XLIV periodo de sesiones de la Conferencia de la FAO*, 30 de junio de 2025).

Esta constatación nos estimula a reflexionar profundamente y actuar con decisión, sin retóricas baldías. No podemos mirar hacia otro lado cuando alguien sufre. La ciencia y la técnica deben tener siempre en el centro la dignidad humana. Deben estar al servicio de los que más lo necesitan. Ustedes como ingenieros pueden cooperar enormemente para cambiar la aciaga existencia de cuantos no pueden vivir serenamente ni mirar al porvenir con esperanza porque no hallan el alimento indispensable.

Al recibir hoy este premio “Solidaridad Global - Lucha contra el Hambre y la Malnutrición”, quisiera que el mismo no quedara restringido a un servidor, sino que fuera un galardón para cuantos, de manera altruista y constante, gastan sus vidas por salir al encuentro de cuantos no tienen la comida imprescindible para subsistir.

Entre esos dispensadores de la bondad a raudales se encuentran muchos de ustedes, porque la ingeniería agrícola es una herramienta en aras de causas nobles. Cuando mejoramos un cultivo, llevamos esperanza a una familia. Cuando cuidamos el agua, protegemos el futuro de un pueblo. El verdadero progreso de la humanidad se mide por la atención que se presta a los más débiles. En este surco se arraiga vuestra hermosa misión. No se trata solo de producir

más toneladas de alimento. Se trata de repartir el pan de forma justa, de manera que se erradique el hambre, lacra que arruina toda nuestra sociedad.

Los ingenieros agrícolas estáis en primera línea para paliar el drama de la inanición. Vosotros pisáis el barro, miráis el cielo y procuráis que la tierra siga dando abundantes frutos. Conectáis el conocimiento científico con las necesidades reales del pueblo. Tenemos satélites, semillas más fuertes y mejores sistemas de riego. Pero las máquinas no piensan por sí solas. Necesitan profesionales con valores firmes y un gran sentido de la rectitud.

San Isidro Labrador compartía su pan con los desvalidos. Él no guardaba nada solo para su propio beneficio. Tengo la certeza de que este es el espíritu que se mantiene vivo en esta universidad, un centro superior donde la excelencia técnica va siempre de la mano del fortalecimiento de la virtud. Solo así se crea un mundo más fraterno y habitable. Por el contrario, el conocimiento sin amor nos vuelve insensibles. En cambio, la ciencia unida a la conciencia, la técnica guiada por la solidaridad, convierten los páramos más yermos en vergeles frondosos. Que esta sea la brújula que continúe orientando a profesores y alumnos, a los miembros de este insigne colegio, a los peritos que están en la brecha del trabajo cotidiano, a cuantas personas de buena voluntad no ahorran sacrificios para alcanzar metas benéficas para todos, sin dejar a nadie atrás.

Mi pensamiento en estos momentos se ve inspirado por otros condecorados en ediciones pasadas con este mismo honor que hoy se me concede muníficamente. Déjenme que mencione a don José Ignacio Trueba, amigo al que profeso una sentida admiración y que tendrá la cortesía de recoger el galardón en mi nombre. No puedo olvidar a don Ricardo Rapallo, al que tributo un homenaje por su impecable labor en la FAO. El ejemplo de estas dos eximias personas, y el de tantos otros dedicados a este mismo sector, me alienta a no cansarme en el cumplimiento de mis responsabilidades como diplomático de la Santa Sede.

Mis denuestos anhelan estar al servicio de la concordia entre los pueblos y el bien común de la familia de las naciones, teniendo especialmente en cuenta a los seres humanos más probados. Con esta esperanza, y haciéndome portavoz de quienes en el mundo se sienten desgarrados por la indigencia, pido a Dios Todopoderoso que vuestros trabajos, vuestras vidas y vuestros afanes se vean colmados de éxitos y redunden en beneficio de los hambrientos y de la humanidad entera.

Gracias nuevamente a todos ustedes por su amabilidad y delicadeza conmigo. Muchas gracias a todos por su atención.

¡Viva San Isidro Labrador!